

LA DESCONCERTACION

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

LA política de concertación que el Gobierno viene aplicando, después de las fechas claves del 23 de febrero y 24 de marzo, pluriconcertada, monoconcertada o biconcertadamente— se empezó por una conversación plural para terminar en una reunión a dos tras pasar por una práctica unilateral gubernamental— tiene como objeto esencial la desconcertación, fundamentalmente, con los partidos nacionalistas del País Vasco y Cataluña. De hecho la concertación que hizo posible el título octavo de la Constitución, de lo contrario todavía seguiríamos sin texto constitucional, es prácticamente desconcertada en pedazos por los propósitos comunes del Gobierno y de la oposición. El proyecto de Ley de Bases de Régimen Local, en cuanto sea aprobado por el Congreso de los Diputados, se encargará de dar la puntilla a las competencias autonómicas.

De esta manera el caos autonómico existente hasta ahora, motivado por las vicisitudes coyunturales de Unión de Centro Democrático y los virajes del Partido Socialista Obrero Español, desemboca en un drástica media vuelta atrás, después de pasar por sucesivas lecturas e interpretaciones. Así el proceso autonómico va a ser un camino de ida y vuelta en el que se regresa sin haber llegado realmente a ningún sitio. Retroceso que es, sin duda alguna, el dato político más importante y revelador de la actual coyuntura política; o, quizás, sea más adecuado decir de la actual estructura política porque no estamos delante de una crisis coyuntural sino estructural.

Los restantes aspectos de la llamada concertación, como el contenido del pacto social que se propone en forma de un plan de lucha contra el paro, no añaden nada nuevo, sino que suponen un añadido extensivo e intensivo de la política anteriormente empleada por el Gobierno: una traducción concertada del Acuerdo Marco Interconfederal que se ofrece a Comisiones Obreras para que ahora rubrique lo que antes no firmó.

Independientemente de las razones internas partidistas que motivan esta posición de los grandes grupos parlamentarios, más de uno intenta aprovechar los dividendos del golpe para realizar verdaderos ajustes de

cuentas o «vendettas» políticas con sus organizaciones periféricas en estado de rebeldía, está claro que el pretexto o coartada esgrimida puede sintetizarse en un falso dilema: o autonomía o democracia. Más en concreto. La España de las autonomías ha de sacrificarse para que no perezca la España de la democracia. Y el chivo expiatorio de este aquellarre político son las aspiraciones y reivindicaciones autonómicas de los pueblos que componen España.

Un falso silogismo

Y para ello hay que empezar a meter mano en Cataluña y el País Vasco. No en vano son las dos únicas comunidades autonómicas con un Estatuto en marcha y con un trasvase de competencias en camino. Luego todo lo que sea recortar, reducir las atribuciones de la Generalitat y el Gobierno vasco adquiere un valor simbólico, de cara a las demás aspiraciones de otros pueblos y de cara a los sectores que condicionan esta política de recortes. La campaña anticatalanista que hoy se desarrolla en Madrid, no es preciso hacer lo mismo con el País Vasco dado que ya ETA se encarga de proporcionar una pésima imagen de aquel territorio, tiene como meta preparar la opinión pública, presentando una visión falsa de la realidad

Carlos Garaicoechea.

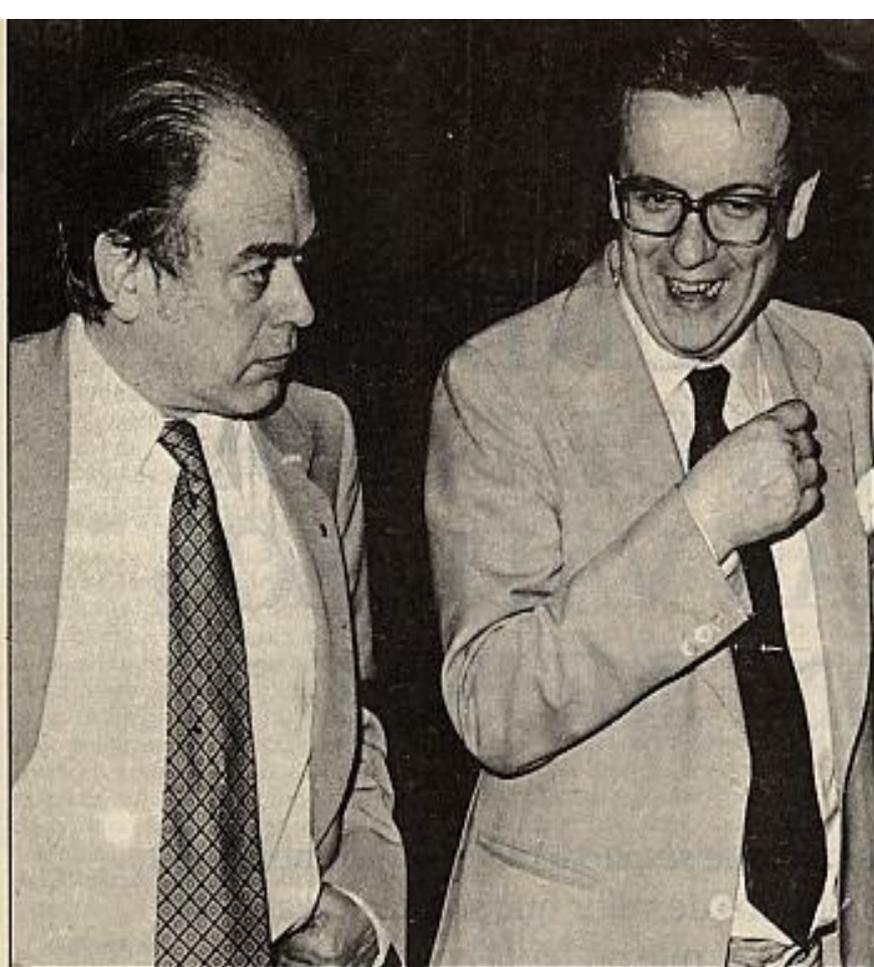


catalana: persecución del idioma castellano, actitudes separatistas del nacionalismo catalán, etc.

Pero ocurre que este cuadro no se tiene en pie. Ni el nacionalismo catalán ni el vasco, aunque en este último habría que matizar esta afirmación, han sido un factor desestabilizador del proceso democrático. Basta, por ejemplo, recordar el inteligente papel político cumplido por Jordi Pujol, a todo lo largo y lo ancho de la transición, para constatar que cualquier parecido con esta campaña propagandística es pura y sencillamente imposible. Cuando se estudie la última tentativa de golpe de Estado se señalará la madurez política y el sentido de la responsabilidad del nacionalismo catalán, que se negó a entrar en los «juegos» infantiles de las mociones de censura contra el primer presidente democrático y constitucional de este país en muchos años. No fue el nacionalismo catalán quien contribuyó a erosionar la imagen de Adolfo Suárez para mayor gloria y servicio de los sectores golpistas y paragolpistas de la sociedad española. La obsesión anti Suárez, que tan cara está costando a las fuerzas democráticas, en ningún momento tentó al nacionalismo catalán.

Más matizadamente, como señalábamos con anterioridad, habría que decir lo mismo de Carlos Garaicoechea. Pero esta matización se desprenderá de la peculiar situación creada en el País Vasco por la agudización y exacerbación de las contradicciones que se dan cita en aquel territorio. Agudización que no se desprende de un exceso de autonomía, sino justamente de lo contrario. Mientras en Cataluña el Gobierno, desde el mismo 16 de julio de 1977, pactaba con Josep Tarradellas, no ocurría lo mismo en el País Vasco con José María de Leizaola. Por múltiples razones, entre las que destacaba el fenómeno del terrorismo, la audacia iniciada con el problema catalán no encontraba su continuación con el complejo y delicado problema vasco. Debido a ello la posición del nacionalismo vasco fue más ambigua y polivalente que la del nacionalismo catalán; cogido entre dos fuegos no podía maniobrar con el margen que los catalanes. Pero, a pesar de ello, nunca el PNV puso en apuros al Gobierno, bien ayudándole con su presencia o con su misma ausencia en el Congreso de los Diputados en los momentos más decisivos.

Apoyos implícitos que culminan de



RAMON RODRIGUEZ

Jordi Pujol con Miguel Herrero de Miñón.

una manera explícita en el avance político logrado durante el pasado mes de diciembre con la resolución de los temas pendientes de la Policía autónoma y los conciertos económicos. Avance que permitía el desarrollo de toda una estrategia aislacionista del fenómeno terrorista. No era ninguna casualidad que, a finales del año pasado y comienzos del presente, la cota de popularidad y de base social del terrorismo estuviese prácticamente por los suelos. Porque al igual que es erróneo contraponer las autonomías a la democracia es asimismo un falso silogismo equiparar terrorismo a los derechos autonómicos. Las autonomías, en tanto que hacen viable el ejercicio de uno de los derechos democráticos más elementales, dejarían a largo plazo sin agua social en la que moverse a los peces del terrorismo.

Una triple trampa política

Mas con ser esto grave no es lo peor. La desconcertación del pacto autonómico, que posibilitó la viabilidad del texto constitucional, no sólo invierte este progresivo aislamiento social del terrorismo, que se había iniciado en las semanas puentes entre uno y otro año, sino que puede introducir al frágil proceso democrático en una triple trampa política. Trampa que, unida a otros cepos políticos ya

existentes, configurarían una perspectiva bastante sombría para las posibilidades del sistema democrático.

Si nos detenemos en las características de la transición política observaremos que ha estado presidida en todo momento por un pacto tácito, a veces convertido en abierto y explícito, entre la derecha centralista democrática y la derecha periférica. Acuerdo implícito que ahora puede quebrarse e invertirse justamente en uno totalmente opuesto: un pacto de hecho entre las dos derechas centralistas, la que se mueve en un marco constitucional y democrático y la que tiene un pie en la involución y otro pie en la Constitución. Un simple repaso histórico, al recordarnos el papel histórico progresista que siempre ha jugado en España la burguesía catalana, nos indica en toda su dimensión la gravedad de esta posible ruptura.

Amenaza latente que también puede afectar internamente a las fuerzas sociales y organizaciones políticas de la izquierda. A través de una simple lectura de la Prensa puede deducirse la tensión interna existente en el seno del socialismo y del comunismo catalán -hablamos únicamente del tema autonómico sin hacer mención a otros serios conflictos y diferencias- que podría derivar en una posible ruptura de la disciplina de voto de los grupos parlamentarios del Partido Socialista Obrero Español y del Partido Comunista de España.

Con lo que, de producirse, estarían dándose serios pasos hacia la reedición a otros serios conflictos y diferenciación de la situación peculiar existente en el País Vasco: la existencia de una izquierda autóctona y específica sin relación orgánica con los grandes o pequeños partidos estatales.

Dos posibilidades, mejor dicho dos probabilidades, que de concretarse provocarían casi un «corte epistemológico» entre la geografía política de Cataluña y el País Vasco y la del resto de España. Una derecha propia, sin relación orgánica y enfrentamiento político con la derecha centralista, y una izquierda, independizada de hecho cuando no de derecho de sus organizaciones hermanas, complicaría seriamente el mapa político de la democracia española.

Las consecuencias involutivas

Peligro que, de no atajarse, no tendría más beneficiario que la involución. Si la derecha democrática se divide, si la izquierda se fragmenta, no hay más vencedor que los sectores no democráticos. De hecho, la desconcertación puede acabar introduciendo una seria cuña entre todas las fuerzas sociopolíticas que trajeron el sistema democrático. Demasiado dividida está la derecha centralista democrática, ahí está una Unión de Centro Democrático que no acaba de resolver sus diferencias internas, para perder un aliado como el nacionalismo catalán y vasco; y muy debilitada y fragmentada se encuentra la izquierda para que pueda asumir indoloramente una escisión de carácter territorial. Ruptura de la derecha democrática y hundimiento político orgánico definitivo de la izquierda que no podría, asimismo, ser soportado por una democracia tuerta de su ojo izquierdo, manca de su brazo izquierdo y parálitica de sus dos piernas.

En las postrimerías del anterior régimen era un lugar común decir que lo que ocurría en Barcelona anunciaba lo que acabaría por suceder en el resto de España. Así, la creación de organismos democráticos como el *Conseil des Forces Politiques de Catalogne* era visto como el preludio de la democracia en todo el país. No está de más recordarlo ahora, en otros instantes, cuando lo que sucede en Cataluña o con Cataluña no es, precisamente, signo de buena salud democrática. ■